

Desde luego, estas imprecisiones ni le quitan ni le agregan más confusión al libro de la que genera la jerga poscolonial, en sí misma enmarañada e inaccesible.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Pueblo pequeño, infierno grande

**Saboyá. Campesinos, violencia
y educación**

Álvaro Laitón Cortés

Alcaldía Municipal de Saboyá, Bogotá,
2008, 208 págs., il.

Cuando se habla de Colombia se suele afirmar que este es un país de regiones. Más exacto sería decir que este es un país de muchos municipios dispersos a lo largo y ancho de nuestra geografía, lo cual puede constatarse con un dato elemental: en Colombia existen, oficialmente reconocidos, 1.123 municipios. Descontando las grandes ciudades y las ciudades intermedias, al resto se les suele denominar en el lenguaje cotidiano, *pueblos*. Lo que se evidencia cuando alguien, que vive en una vereda, una zona rural distante del casco municipal, y un día a la semana va a vender los productos de labranza o a comprar algo o a departir con amigos y conocidos, a la hora de partir dice: “Me voy para el *pueblo*”.

Aunque el término en este sentido suela hacer alusión a los caseríos que sirven como cabeceras municipales, cuando se hace referencia a un *pueblo* se incluye toda su jurisdicción territorial, con sus veredas y zonas rurales, cuya suma en algunos casos equivale a centenas de kilómetros cuadrados.

Sin embargo, salvo casos excepcionales, la gran mayoría de los colombianos no tenemos la más mínima idea de la existencia de esos cientos de *pueblos*, y mucho menos de sus historias particulares, que

forman parte sustancial de la vida de este país, aunque eso nunca se reconozca.



Por esta circunstancia, resulta digno de aplaudir cuando alguno de los propios habitantes de cada uno de esos *pueblos* se da a la tarea de escribir y publicar parte de la historia de su propio terruño, como forma de recuperar su memoria y dejar escuchar la voz de tantos olvidados, en medio de la absorbente urbanización que devora a esos pequeños pueblos, en el sentido literal de la palabra.

Tal es el caso del libro del educador Álvaro Laitón Cortés, que recupera la memoria de algunos de los pobladores del municipio de Saboyá, ubicado en Boyacá. Aparte de que algunos colombianos hayan escuchado ese nombre porque aparece en la canción *La cucharita* de los Carrangueros de Ráquira (“En la vereda Velandia del municipio de Saboyá, una cucharita e’ hueso me regalaron por amistad [...]”), casi nada sabemos de este pueblo.

El profesor Laitón recupera la voz de diversos pobladores de Saboyá, quienes fueron entrevistados a mediados de la década de 1990, y cuyo testimonio gira en torno a la violencia que atraviesa la historia de este municipio desde comienzos del siglo xx, hasta la década de 1960. En el libro, que está dividido en cinco partes, se reconstruyen recuerdos sueltos del impacto de la Guerra de los Mil Días, de la violencia de la década de 1930—particularmente fuer-

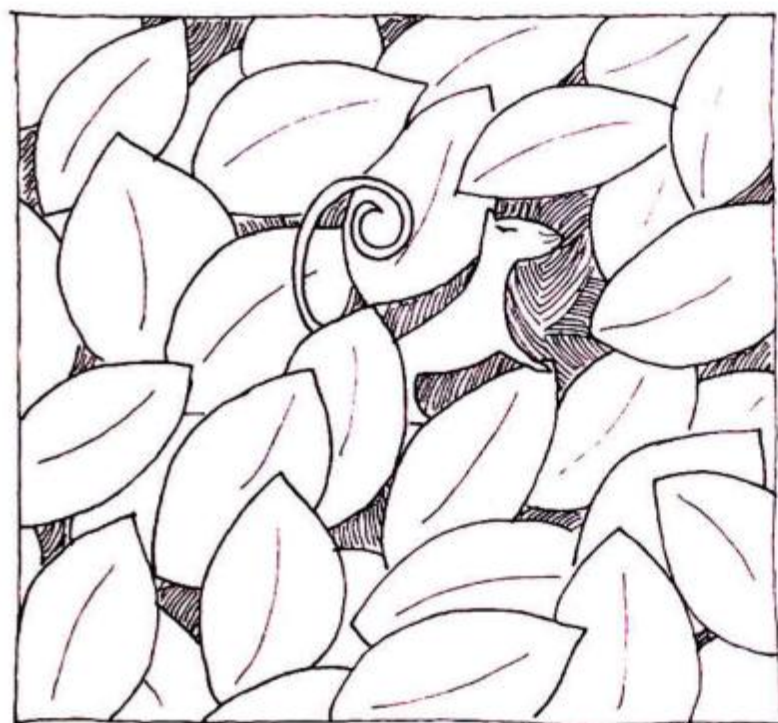
te en algunas zonas de Boyacá—, de la violencia conservadora de las décadas de 1940 y 1950, y de las hazañas criminales del bandolero conservador y clerical Efraín González.

Este trabajo de rememoración, a primera vista no parece muy complejo, por la sencillez y claridad de los textos presentados, los cuales transcriben episodios sueltos e individuales de la experiencia de cada una de las veinte personas entrevistadas. Aunque el texto sea simple, de seguro requirió de una disciplinada labor de elaboración, desde el momento de realizar las entrevistas, pasando por su transcripción y su recreación como texto escrito, una labor que tiene como propósito principal que hable la gente común y corriente.

En este libro se traslucen, a través de un caso particular, los graves problemas que han asolado a gran parte de los pueblos colombianos desde el siglo xix, que aunque se pretendan superados se prolongan hasta el día de hoy. Esos problemas están asociados al poder del bipartidismo como modelador de la vida cotidiana de los habitantes de esos pueblos, a través del sectarismo y del clientelismo. Por eso, debe destacarse que para reseñar cada uno de los testimonios se aclare siempre la filiación partidista de la persona que habla. Este sectarismo partidista cubre, en gran medida, la violencia del siglo xx en muchos departamentos del país (Boyacá, Santanderes, Antioquia, Caldas...) con un barniz político, porque en los municipios y en sus veredas o se era liberal o se era conservador y por eso se daba la vida y se mataba, sin importar si eso mejoraba o no las condiciones de vida de la gente. El odio partidista se alimentaba, además, con el fanatismo religioso, impulsado de manera directa por los conservadores en santa alianza con el clero colombiano, que tenía como su representante a escala local al cura párroco, atizador de odios y justificador de crímenes.

En la vida pueblerina, como la de Saboyá, se aprecia el poder de los gamonales de los dos partidos y la

reducción de los habitantes a súbditos partidistas, que obedecen en forma resignada y que asumen su destino, el de ser conservadores o liberales, como un don natural que heredaron de sus familias. Su papel político se limita a votar cada cierto tiempo por los candidatos de su respectivo partido, candidatos que se han escogido a dedo en la capital del departamento o en Bogotá, por los respectivos directorios políticos, y se debe votar en forma religiosa sin discutir. El otro papel político de los habitantes locales que se les confirió durante las violencias fue el de perseguir, de diversas maneras, a sus adversarios partidistas, de los que se disentía de manera violenta sólo por el color azul o rojo, según el caso.



En una de las breves introducciones que se le hace a cada testimonio, el autor sintetiza todo el sentido del bipartidismo en la vida pueblerina de Saboyá, durante gran parte del siglo xx, y que a no dudarlo es similar a lo que aconteció en decenas o centenas de otros municipios del país. Al respecto dice Laitón:

La muerte producida en los ataques a la corporeidad (sic) de pobladores a través del uso del machete, la escopeta, el gas y el revólver, fue una constante en el día a día de boyacenses y santandereanos. Pareciera que los moradores de esta región se hubiesen adelantado a la sentencia del escritor Rafael Humberto Moreno-Durán, cuando expresaba: 'Si no fuera por la muerte, Colom-

bia no daría señales de vida'. El luto en los bandos no se hacía esperar, las venganzas no tardaban en llegar, las familias no cesaban de llorar a sus muertos, mientras que los campos se quedaban cada vez más solos, por el desplazamiento de sus nativos. [pág. 39, énfasis nuestro]

En las cuatro primeras partes del libro existe una coherencia lógica y temática, puesto que los relatos están unidos por el hilo omnipresente de la violencia bipartidista, con sus derivaciones finales, en la década de 1960, en el bandolerismo y en la explotación de esmeraldas en algunos pueblos de Boyacá. Pero esa coherencia se rompe en la última parte del texto, que se ocupa de la educación, porque allí se da un gran salto que nos remite a la contemporaneidad, mirada desde el ámbito de la labor de algunos profesores. Esta parte riñe con el resto del libro, aparece descontextualizada y sin relación alguna con las otras cuatro partes. Es un agregado artificial, a nuestro modo de ver, poco significativo del que se había podido prescindir. En lugar de perder con ello, mucho se hubiera ganado en coherencia y, además, se hubieran ahorrado unas 35 páginas.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Importancia del detalle en la Historia

Atlas histórico de Bogotá, 1911-1948
Corporación La Candelaria
Editorial Planeta Colombiana S. A. y
Alcaldía Mayor de Bogotá D. C.,
Bogotá, 2006, 596 págs., il.

Se trata de una obra monumental, programada en tres volúmenes, de los cuales éste (1911 a 1948) es el

segundo. El primero comprende desde 1538 hasta 1910. Edición de lujo para un sector definido profesionalmente, el estudio comprende en su orden los siguientes trece capítulos, con numerosos subcapítulos: Educación, Comercio, Prensa, Radio, Salud, Recreación y cultura, Hoteles, Clubes, Industria, Planes urbanos, Calles y avenidas, Firms constructoras, Bibliografía. Como se indica en la página preliminar, el libro ilustra los procesos de construcción del desarrollo urbano y espacial de la ciudad en la primera mitad del siglo xx, durante la cual la población se multiplicó por seis.

Contra lo que podría parecer a simple vista (descontada su importancia histórica incontestable, y excusados los defectos que se cuelan por el amplio tamiz de la "corrección de estilo"), la lectura se hace cada vez más amena e interesante. Por las amplias páginas, los generosos espacios, las ilustraciones y grabados y los desplegados, la redacción llana, descriptiva y didáctica, enriquecida con citas oportunas y reveladoras anécdotas, más los curiosos detalles que aguzan la atención y mantienen la expectativa.

La Historia en macro, sin el detalle, da una visión panorámica de conjunto, para conclusiones apresuradas, para gente ocupada que cree que todas las ciudades son iguales, todas las calles son iguales, por lo cual no es necesario ir a verlas, que las vidas son iguales, que todo es igual a su afanosa premura, y que basta con saber que todo es igualmente parejo y monótono en el mar, en la tierra y en el cielo. La Historia resumida en abstracto, sin olor, sin color ni sabor, es la del teórico que pretende dirigir el mundo en nombre de esa pareja igualdad que para él es la vida. La novela histórica existe para rescatar el detalle de los acontecimientos. De ahí la trascendencia del género. Y este libro se lee como una novela, la novela de las desgracias y destellos de una ciudad y de un país que para 1948 aún estaba en pañales, y que en los cincuenta años posteriores ha sufrido una transformación asombrosa que los jóvenes